

EL FONDO DE LA ACTUALIDAD

PUESTO que acabo de publicar un libro bajo el título de *Las Dos Caras de la Inmigración*, porque en él se comparan las actitudes de los españoles hacia los inmigrantes con las actitudes de los inmigrantes hacia la sociedad española, pienso tener cierta legitimidad para autocorregirme reconociendo que hay más de dos caras, que la inmigración tiene muchas caras, como un prisma, y por ello constituye un fenómeno social extraordinariamente complejo en el que se entremezclan el altruismo y el egoísmo, los derechos y deberes de unos y otros, el rechazo y la compasión, y en cierto modo la frustración personal y colectiva porque ahora comenzamos a entrever que no es un problema de fácil solución, aunque todo el mundo quería que se le diese ya solución.

Actualmente hay alrededor de 200 millones de personas en el mundo que viven en un país distinto de aquel en el que nacieron, más o menos un 3% del total de la población total del mundo. Si bien los movimientos de población, las migraciones, han existido desde los albores de la humanidad, hay que subrayar que el número de los desplazados nunca había sido tan elevado, ni en cifras absolutas ni en cifras relativas. Lo que ha permitido el incremento exponencial del número de desplazados es la reducción en el tiempo o/y el coste de desplazarnos de un lugar a otro de la Tierra. Los avances en la tecnología de los transportes que ha experimentado el mundo a partir de la revolución industrial han tenido mucho que ver en esta reducción. Pero no son menos importantes los avances que se ha experimentado en el mundo de las comunicaciones, de manera que hoy los habitantes del territorio menos desarrollado del planeta pueden ver cómo vive la gente en los países ricos. Siempre ha habido desigualdades sociales y económicas entre países y dentro de cada país, pero la mayoría de la gente no era consciente de la magnitud real de esas desigualdades, porque no podían verlas. Hoy sí pueden verlas, pues hasta en el lugar más recóndito del planeta hay antenas para satélites de comunicación que permiten ver a través del televisor como vive la gente en cualquier lugar del mundo, lo que ha incrementado, por una parte, la frustración y, por otra, los deseos de alcanzar esos mejores niveles de vida. En otras palabras, si en todo movimiento migratorio hay factores de "rechazo" en el lugar de

La inmigración: un prisma con muchas caras

Juan Díez Nicolás



origen (las malas condiciones de vida, la falta de trabajo, etc.) y factores de "atracción" en el lugar de destino (mejores oportunidades de empleo y de calidad de vida, más libertades, etc.), resulta evidente que los factores que más se han incrementado en las últimas décadas han sido los de atracción.

Pero, además de la mayor motivación para emigrar y la menor fricción del espacio, existe un tercer factor: el incremento que se ha pro-

ducido en el número de personas, en términos absolutos y relativos, con fuerte propensión a emigrar. En la década de los 80 la población que vivía en países menos desarrollados era dos tercios de la población mundial, es decir, unos 2.500 millones de habitantes más o menos. Ahora, la población que vive en países menos desarrollados es de

cuatro quintas partes de la población total del mundo, unos 5.200 millones (frente a unos 1.900 millones que viven en países desarrollados). Y, por si estas tres razones fueran pocas, resulta que desde la década de los 80 las desigualdades socioeconómicas entre países, y dentro de cada país, no sólo no se están reduciendo, sino que están aumentando. El cóctel, por tanto, estaba servido: mayor conciencia de las desigualdades, mayores facilidades de movilidad, aumento de la población en situación objetiva de necesidad y aumento de las desigualdades en el mundo. En realidad, si uno extrapola la situación actual la conclusión es que los peores conflictos están por venir.

La situación creada por los recientes acontecimientos en Ceuta y Melilla, que han sido más espectaculares pero no más importantes que otros que se producen diariamente por Barajas o por los Pirineos, han puesto de manifiesto precisamente la existencia de muchas caras contradictorias de este prisma. Todas las investigaciones recientes demuestran que los españoles son cada vez más partidarios de controlar la entrada de inmigrantes.

Son también partidarios de que quienes ya están en España sean legalizados, que puedan trabajar y que no se les expulse. Pero culpan a los inmigrantes del aumento de la criminalidad, y más recientemente de que se benefician de becas y servicios asistenciales en perjuicio de los nacionales. Y son muy sinceros cuando se escandalizan y protestan porque se expulsa a los inmigrantes sin respeto a sus derechos humanos, especialmente si quienes lo hacen son los marroquíes. A todas estas incongruencias, que no implican mentiras, sino simplemente contradicciones (disonancias) enormemente humanas, se suman otras. Por ejemplo, se quiere legalizar a los que han entrado clandestinamente sin advertir que ello implica penalizar a quienes aguardan años esperando un visado legal en cualquier consulado español, es decir, se premia al que se cuela en detrimento de quien guarda la cola. Se critica a Marruecos porque no "impermeabiliza" sus fronteras, pero nos molesta que Francia o Alemania se quejen de que España no haga lo mismo con las suyas. Se pide llevar a la Guardia Civil y al

Ejército para guardar nuestras fronteras pero se les pide al parecer que lo hagan dando pláticas a los que intentan pasar a Ceuta y Melilla. En otras palabras, cuando no se tiene una solución clara para un problema se recurre colectivamente a una estrategia: la culpa la tiene siempre el otro (la oposición culpa al Gobierno y el Gobierno culpa al anterior Gobierno; la policía culpa a los jueces y los jueces a los legisladores, y los legisladores a la sociedad; o la culpa la tiene Marruecos, o los países emisores, o la UE con sus directivas poco claras, o el hambre en el mundo; según quién hable, la culpa es del Gobierno de la nación, o de los gobiernos autónomos, o de los gobiernos locales, o es un problema de toda la sociedad, es decir, de nadie).

ESPaña tenía que haber aprendido en cabeza ajena, debido a que fuimos de los últimos países en Europa en recibir flujos migratorios y pudimos haber aprendido, haber previsto y haber tomado las medidas. Pero en lugar de ello los dos principales partidos se enzarzaron en una nueva confrontación en la que el ladrillo arrojado es la política inmigratoria, en lugar de haberse puesto de acuerdo en una política de Estado. Sus esfuerzos se deberían haber encaminado a luchar más eficazmente contra las mafias que trafican con la inmigración clandestina (y con la droga, digámoslo alto y claro) y, sobre todo, contra quienes se han estado beneficiando y siguen beneficiándose del trabajo de las mafias. El problema, no obstante, tampoco lo puede resolver España sola, aunque todos los partidos políticos acordasen una política común. El problema es resultado de las crecientes desigualdades en el mundo. La tan cacareada globalización, que según se dice tiende a la libre circulación de capitales, pero no para los productos (subsiste bajo toda clase de camuflajes el proteccionismo), ni para los individuos (leyes restrictivas de la inmigración). Por supuesto que todo país tiene el derecho a controlar el flujo de inmigrantes, pero también tiene la obligación de contribuir a una sociedad mundial más justa y con menos desigualdades. Pensemos que si la población que vive en países no desarrollados es ahora de un 80% pronto será un 90%. ¿Qué barreras y muros serán capaces de frenar la marcha del 90% sobre el 10%?

El autor es catedrático de Sociología en la Universidad Complutense y presidente de ASEPI.